

felicidad es una distorsionada aspiración del pasado, acostumbrada a ser solo “un objeto más en la placidez cotidiana del embajador”. Y en medio de ese estanque, un momento antes de la llegada de los invitados a la recepción preparada por Adriana con tanto esmero como desgana, el embajador le pregunta dónde están sus gemelos. “Pero no le contestó”, dice el narrador.

No le contestó, y ese silencio es el inicio de una gran rebelión no premeditada. O quizás una rendija abierta en el mundo que aprisiona a Adriana, dentro del que solo encontraba el consuelo del placer solitario. Una leve ocasión, una esquina de su reglada vida, le dará la oportunidad de desear otra vez el placer compartido al que podemos llamar pasión, y a partir de ahí se despliega la cara principal de la novela: el amor adúltero. Pero se trata de un adulterio “como Dios manda”, un adulterio de época, con dificultad y tormento, convertido en un cauce paralelo, dislocado y creciente, lleno de aguas vivas con final incierto, propulsado por la excitación de lo difícil, de la transgresión y del vértigo.

El amor adúltero es cosa de dos. El otro es Octavio: un militar al que no le permiten serlo, un profesor de disciplinas, un marido, un padre. Pero Octavio no es un personaje glamuroso. Es un hombre encorsetado, austero, al que no le gusta recibir regalos. Octavio no pone nada: o más exactamente, solo pone el no poder resistirse a amar a Adriana. Es Adriana la que pone todo, la que manda, la que propone, la que trama, la que es capaz de asumir riesgos que abran momentos en los que el amor pueda desnudarse. Octavio acaso quería resistirse, pero no puede.

La nochevieja de 1958, la noche de la más ilusionante de las

revoluciones, rompe el tiempo y abre otro escenario que absorbe a Octavio y le hace crecer como personaje, hasta el inesperado final, del que él es protagonista. Pero la revolución tiene sus precios, y una de las preguntas que quedan al final de la novela produce congoja: la de saber si merecieron la pena la persecución de la igualdad y la justicia a costa de “sacrificar la belleza”. “Todo olía ahora a mierda, a papa podrida, a orín reseco. De los solares derruidos y paupérrimos llegaban de vez en cuando vaharadas de puerco asado y agua estancada, de plátano y malanga fritos con aceite recalentado”, se dice Miguel, cuando ya sabe demasiado. ¿Acaso las revoluciones, siempre adúlteras al principio, están condenadas a acabar forzosamente en matrimonio?

En los capítulos impares, quien narra es Miguel. Pero Miguel es también el destinatario, o quizás el depositario de la historia que cuenta. Miguel se limita a “no ser infeliz” en su primer destino como diplomático. Apenas es capaz de confesar su decepción con lo que denomina un “onanismo diplomático” que no mueve nada, que se enreda en mezuindades y apariencias. Él solo “habanece”: mira, escucha y descubre, con cierta indolencia. Pero, desconcertado y embriagado por la voluptuosidad de la Cuba de siempre, se va dejando alcanzar por los “recuerdos grandes” de su infancia cubana. También encuentra a Rosa, una mujer con “aroma a canela y café recién hecho”, que va siempre un paso por delante y que aparece y desaparece, como una musa que no habla de sí misma. Rosa y su infancia lo hacen vagar por la isla, de La Habana a Santiago y de Santiago a La Habana, entre sabores, olores, luces y sonidos que se acoplan

y se adaptan a sus variables estados de ánimo. Por eso Cuba no es solo un escenario contingente y vistoso de las historias que se cuentan: es el “tono” de la novela, lleno de las resonancias musicales que componen su banda sonora.

¿Por qué tanto miedo al error, por qué tanto dramatismo, si al final la vida puede guardarse en una caja? Esa es otra de las preguntas que quedan cuando la novela ha terminado de desplegarse pero aún no puede guardarse en el estante. —

MIGUEL PASQUAU LIAÑO es novelista y magistrado. En 2018 publicó *Casa Luna* (Ediciones Miguel Sánchez).



NOVELA

Realismo mágico en Palermo



Giosuè Calaciura
LOS NIÑOS DEL BORGO VECCHIO
Traducción de Natalia Zarco
Cáceres, Periférica, 2019, 161 pp.

ZITA ARENILLAS

En Sicilia han nacido muchos autores que hicieron que la isla fuera escenario, o incluso protagonista, de sus obras: Giovanni Verga, Luigi Pirandello, Giuseppe Tommaseo, Leonardo Sciascia. A esta nómina se une Giosuè Calaciura (Palermo, 1960), de quien hace poco ha aparecido en español *Los niños del Borgo Vecchio*. Es el primer libro de este autor que se publica aquí. En 2017 fue ganador del Premio Volponi, así llamado en memoria del escritor Paolo Volponi, quien fue senador y diputado por los comunistas en los años ochenta y noventa. El galardón se dirige todos los años a

textos que destacan por su compromiso y crítica sociales.

Borgo Vecchio es una zona pobre del Palermo real. Según la novela, allí hay quienes tienen la habilidad de pesar la mortadela con los ojos, sin fallar ni un gramo arriba o abajo. Son los más necesitados, que esperan “al domingo para saborear la *niebla* de la carne asada”. Y Borgo Vecchio aparece a veces en los medios italianos porque ha habido alguna redada de la policía contra la mafia y los narcotraficantes. En el libro se recrea ese ambiente de delincuencia, aunque a una escala menor: hay una balanza trucada en la charcutería y pequeños robos y agresiones; bueno, y también alguna intimidación a funcionarios del Estado. Se habla de la relación entre las fuerzas del orden y los habitantes del barrio, que callan e incluso ocultan (incluido el párroco) lo que allí sucede: “el helicóptero [de la policía] sobrevolaba sin prisa, como un sentimiento de culpa, las barriadas más humildes igual que si fuera el ojo de Dios, no por cuestión de trabajo, sino con el fin de demostrar a las gentes, y quizá a sí mismos, que existían”. Los uniformados suelen tener miedo de adentrarse en el laberinto de callejuelas, que para ellos es un nido de escondrijos desde los que pueden lloverles piedras en cualquier momento.

Calaciura convierte un retal de ciudad en todo un mundo; lo engrandece hasta el punto de parecer que no hay nada más allá, si no fuera por los barcos que de vez en cuando llegan al puerto. Y habla de las vidas de sus habitantes, desgarradoras, aunque su prosa poética intente amortiguar toda dureza. Algunos de los protagonistas son niños, como señala el título. Niños que son amigos, se cuidan entre

sí como pueden y se sientan en el muelle a observar el mar, soñando una vida distinta. Está Mimmo (o sea, Domenico, aunque eso él no lo sabe). Al nacer hubo que trasladarlo al hospital infantil, y por eso dijeron que la criatura ya era un “tocacojones”. Su mejor amigo es Cristofaro. Todas las noches su padre, después de beberse una caja de cerveza y con la aquiescencia de la madre, le da una paliza durante la cual todo el barrio enmudece preguntándose si esa noche lo habrá matado por fin. Los golpes en la cara se evitan, obviamente: “nadie debía ver la ofensa de los moratones”. Y luego está Celeste, cuyas cejas habían sido “dibujadas con el lápiz de trazo infantil de la tristeza”. En este grupo hay que incluir un caballo, Nanà. Es un regalo a Mimmo de su padre, y el crío decora el establo con imágenes de futbolistas.

También hay protagonistas adultos. Como Carmela, la prostituta y madre de Celeste. La señal de que los clientes pueden subir a su casa es que el balcón esté abierto. Su habitación está toda pintada de azul cielo, que simboliza el perdón. Una vez recortó de una revista una imagen de la Virgen con el manto de ese color, la enmarcó y la colocó en el techo. Cuando los clientes protestan, Celeste les explica que “la Virgen también había sido mujer y que todo lo que veía lo comprendía. Y lo perdonaba”. Totò es el ratero. Esconde su pistola en el calcetín. Quiere casarse con Carmela, adoptar a Celeste y proteger a Cristofaro de las palizas de su padre. Cuando huye de la policía es tan rápido que levanta una brisa que contribuye a la polinización.

Los destinos de todos estos personajes, incluido el caballo, acaban dramáticamente entrelazados.

Con lo dicho hasta ahora, *Los niños del Borgo Vecchio* podría calificarse de novela realista o costumbrista. Podría incluso enmarcarse dentro del neorrealismo italiano. Pero Calaciura da un paso más, adentrándose en el realismo mágico. Escribía Alberto Moravia en el *Corriere della sera*, con motivo de la muerte de Sciascia, que la “sicilianidad” consiste en “una actitud muy extendida en Sicilia frente a todo lo que resulta inexplicable, insoluble, incomprensible y, en una palabra, misterioso”. En Borgo Vecchio suceden cosas propias del mundo de la fantasía que se entrelazan con la realidad de tal modo que parecen normales. Por ejemplo, un día que Dios se enfada con Celeste por ser una lectora y estudiosa insaciable, se desata una violentísima tormenta: “el viento pesca[ba] con su anzuelo” los peces del mercado y hace que las verduras echen a volar; la lluvia es tan abundante que aparecen barcos encallados en las terrazas de los edificios y amas de casa sumergidas con las bolsas de la compra aún en sus manos. Además, en Borgo Vecchio las balas son capaces de modificar su trayectoria para alcanzar a su destinatario y hay animales que hablan.

Los niños del Borgo Vecchio es una novela dura pero delicada y atractiva, a veces onírica. Con una fina prosa poética (aunque a veces excesiva, edulcorada) Giosuè Calaciura hace que el lector se quede atrapado en el microcosmos de un barrio palermitano. Retrata las vidas desgraciadas de sus habitantes, que tienen “la frente ofuscada por la ausencia de promesas” y sienten que “el tiempo pasaba como la curación de una enfermedad”. Para el lector, sin embargo, el tiempo deja de contar: solo importan los personajes, algunos memorables. Es

una buena noticia que la editorial Periférica vaya a publicar próximamente otro libro de este autor. —

ZITA ARENILLAS es editora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



NOVELA

Los noventa: ¿fin de fiesta?



José Ángel Mañas
LA ÚLTIMA JUERGA
Sevilla, Algaída, 2019,
391 pp.

DAVID JIMÉNEZ TORRES

¿Qué fue del Kronen? Esta era la pregunta que se hacía el documental *Generación Kronen* (Luis Mancha, 2015), centrado en el grupo de escritores que irrumpió en el panorama literario español en los años noventa. Unos autores cuyo realismo urbano y juvenil, con referentes audiovisuales y estadounidenses, ayudó a renovar una narrativa en la que aún imperaban los códigos del tardofranquismo. El documental examinaba aquel fenómeno desde la sociología de la literatura, abordando las idiosincrasias de los premios y los suplementos, y mostrando también las arbitrariedades críticas y el sentido de la oportunidad que habían llevado a juntar a autores como Ray Loriga, Lucía Etxebarría, Pedro Maestre o Juan Manuel de Prada en algo así como una Generación X española; un grupo de triunfo temprano y sorprendente viabilidad económica. Lo que pasó con el Kronen, se venía a decir, es que el mercado literario cambió radicalmente en solo dos décadas, dejando en fuera de juego

a muchos de los que habían empezado a correr durante los años de bonanza.

Sin embargo, hay otras respuestas posibles a la pregunta de qué fue del Kronen; y ahora el escritor cuya primera novela vino a bautizar todo aquello aporta la suya. *La última juerga* supone la continuación de *Historias del Kronen* (1994), el notable y exitoso libro con el que un veinteañero desconocido llamado José Ángel Mañas fue finalista del Premio Nadal. La trama retoma la historia de Carlos veinticinco años después de aquel verano en el que le conocimos. El adolescente fiestero de los noventa es ahora un poderoso agente de derechos audiovisuales que sale con actrices veinte años menores que él y que ha añadido la heroína al amplio repertorio de sustancias que consumía en su juventud. Tras serle diagnosticado un cáncer y discutir con su novia, contacta con un viejo amigo (uno de los personajes secundarios del primer *Kronen*) que ahora está casado y con hijos. Lo que comienza como una noche de copas deriva en una huida hacia delante por media España que consume buena parte de la novela y que, si bien aporta agilidad narrativa y algunas notas cómicas, se alarga en exceso.

Más interesante resulta el diálogo que *La última juerga* busca entablar con *Historias del Kronen* y con el Madrid, la España y el momento de la cultura occidental que dieron pie a aquella obra. Un diálogo que va más allá de la recuperación de personajes y las referencias a algunos episodios de aquella historia. Podemos verlo, por ejemplo, en la inclusión de algunas secciones que oscilan entre lo ensayístico y lo memorialístico, y que tan pronto disertan sobre la transformación de la noche madrileña como sobre la significación sociológica de la ruta

del bakalao. También hay un patrón reconocible en las citas que abren los distintos capítulos, y que remiten a las primeras obras de Etxebarría y Loriga y a las canciones de Nirvana, Los Planetas, Violadores del Verso, El Niño Gusano y The The. El lector se reencuentra, además, con uno de los recursos más llamativos de la primera novela: la escritura de nombres ingleses según su pronunciación española. Lejos de tratarse de una mera gracia efectista, el gesto venía a resumir aquella modernidad híbrida, importada y resignificada, que saturó la década de los noventa y acompañó en países como España al marco ideológico del *fin de la Historia*. Los productos han cambiado pero la tensión permanece: ahora Carlos consulta su Aifoun, pide Cabifays y vende derechos a Hachebeo, pero también da con sus huesos en Trujillo, a los pies de la estatua de Francisco Pizarro.

La última juerga termina, además, de perfilar a Carlos como un manipulador sádico y cruel, alguien más cercano al protagonista de *American psycho* que al vacuo pijofiestas de la conocida adaptación cinematográfica de *Historias del Kronen* (1995, Montxo Armendáriz). Esta obra cierra la rendija de ambigüedad que permitió a aquella película transformar a un joven fascinado por la violencia en un chaval corriente y descarriado, diluyendo así el análisis del hedonismo noventero en el retrato paternalista de unos críos apegados a sus cubatas pero fundamentalmente inofensivos. Contra esta lectura, la trama de *La última juerga* sustancia repetidamente la afirmación del propio Carlos: “soy un hijo de puta, que no os quepa la menor duda. Y lo pienso ser hasta el final”. Tanto esta novela como su antecesora ganan con este trabajo de aclaración.